

mío, eres más listo que todos los agentes del mundo.

Hacía algún tiempo que Antonia no salía á escena, pues era la temporada de verano. Corrían los últimos días de Julio, y hasta Agosto no empezaba su contrata. Además, tenía necesidad de descanso, estaba fatigada, y pasaba los días extendida en una *chaise longue*, bostezando, tomando un libro, dejándole caer y mirando al techo cansada, emperrezada y aburrída. A menudo la encontraba así el Conde de Bruand, y viendo que tenía mal humor, no insistía y se marchaba. Antonia estaba muy satisfecha de aquella conducta que la dejaba en libertad; pero en el fondo sentía herida su vanidad, pues no la hubiera disgustado hacer sufrir un poco á aquel Conde de Bruand tan frío y tan desdenoso.

Pero después de todo, esto no la importaba nada al pensar en Terral. Cuando sabía que Fernando la esperaba en alguna parte, al llegar la hora de la cita lo dejaba todo y volaba á su lado.

En cuanto á Fernando, se había sentido al principio envuelto en aquel amor que ya comenzaba á cansarle. Había creído encontrar el goce del orgullo en sus relaciones con Antonia; pero como

tenía que ocultar estos amores á los ojos del mundo, resultaba que no podía tenerle. Podría hacerse adorar de Antonia; pero le era imposible sostener su lujo, y cuando pensaba que otro le pagaba aquel amor, sentía una rabia violenta y pensaba hasta en romper con ella.

Pero rechazar á Antonia era quizá romper el instrumento que debía ayudarle en sus fines, y hacerla abandonar al Conde de Bruand era una locura completa. ¿Qué sería entonces de los dos? ¿Dónde irían? Para hacer esto le hacía falta dinero, mucho dinero, y era pobre. Había realizado, sin que esto lograra satisfacerle, uno de sus primeros sueños, y temía que el porvenir no le sonriese más que en el presente. Sin aquella fe ciega en sí mismo que le hacía soportarlo y comprenderlo todo, hubiese renunciado al combate.

No había vuelto á ver á Fargeau, y sus miras se dirigían ahora por otra parte. Se había hecho presentar por un amigo en un círculo donde se jugaba, y arriesgando algunos luses ganados sabe Dios cómo, no salía de él sin haber engruesado su modesto capital. Tenía gran calma y jugaba con el mismo aplomo que lo hubiera hecho si durante toda su vida hubiese rodado por las casas de juego. Se había jurado vivir así, gastando al día si-

guiente lo que había ganado la víspera, hasta el día en que fuese rico.

Aquella vida de privaciones relativas, de envidias incesantes, de rabias sordas y de terribles ambiciones, le causaba. Ya era tiempo de que llegase la ocasión de emplear sus fuerzas inactivas y de gastar su tesoro de combinaciones, de proyectos y de ambiciosos planes.

Cierta noche en el círculo Gontran de Rives llamó aparte al Conde de Bruand y le condujo mientras fumaban un cigarro hasta el boulevard.

—Mi querido amigo—le dijo—¿sabéis lo que me han dicho esta mañana? Me han asegurado que la otra noche vieron á Antonia en un coche con un joven de bigote negro.

—Cuentos.....—dijo el Conde haciendo un gesto de desdén.

—Muy bonita es Antonia; pero si es aficionada á marcharse por las noches en compañía.....

—Se han equivocado, mi querido Gontran—respondió León;—no me he separado de Antonia ni una sola noche desde hace quince días.

—Retiro, pues, mis palabras. Yo estoy ahora entusiasmado con Geraldina.

—Muy bien.

—Me la he llevado al campo; me adora, y hasta

que pase el capricho—negocio de una estación—llevo una vida de pastor de Arcadia, comiendo uvas, amor y queso.

El señor de Bruand creía buenamente que al hablar así de Antonia se habían equivocado; pero además tenía empeño en no hablar mucho de la joven con Gontran de Rives.

—¿Quién será ese de bigote negro?—se dijo una vez solo.—El diablo me lleve si consigue ponerme celoso; pero no es muy agradable que un señor que uno no conoce pasee con la mujer que uno sostiene.

Antonia había tenido el capricho de mudarse, y habitaba ahora en los *Campos Elíseos* un hotelito, propiedad del Conde de Bruand, que éste había tenido alquilado hasta entonces á la Condesa de Simpson, y como lady Simpson se había vuelto á Inglaterra, León había puesto el hotel á la disposición de su querida. Antonia dejó su antigua habitación con una alegría infantil, porque no conocía ese culto de los recuerdos que hace la vida tan agradable y puebla nuestro camino de sombras sonrientes que nos acompañan mientras que le atravesamos, haciéndole menos largo y más llevadero.

—Era su nueva habitación un elegantísimo hotel

que sólo tenía dos pisos. En el primero estaban el salón, un *boudoir*, un *fumoir* tapizado de seda amarilla y un salón de lectura. En el segundo la alcoba de Antonia, precioso nido de seda y encajes, un cuarto de tocador, otra alcoba y un precioso gabinete desde donde se dominaban todos los jardines de las cercanías. Las cuadras y las habitaciones de criados estaban en otro edificio situado en el jardín. La señora Labarbade habitaba la alcoba contigua á la de Antonia, y había hecho del precioso tocador que estaba al lado la *habitación* del pequeño Adolfo. Allí vivía engordando cada día más, mirándose con complacencia y haciéndose coqueta hasta el punto de dedicar todos los días dos ó tres horas á su tocador. Al mirar sus *cascajas* de carne y su color encendido, se comparaba con la pálida y esbelta Antonieta y decía sonriendo:

—A fe mía, que estoy guapa..... y tal vez la casualidad..... ¿quién sabe?.....

En sus citas con Fernando Terral, Antonia solía ir á casa de éste, ó bien se citaban al pie de algún monumento, ó en el ángulo de alguna calle, subían á un coche y se paseaban por París. Había en aquellos paseos (con cortinillas corridas) un sabor al fruto prohibido que agradaba mucho á Antonia. Había nacido para engañar, y enga-

ñaba. La hija de Eva se sentía en su centro entre aquel cúmulo de mentiras, de intrigas y de perfidias.

La señora Labarbade, que había sorprendido la mayor parte de los secretos de Antonieta y que se había hecho confiar los otros, le decía:

—Tened cuidado. El señor Conde no parece hombre muy paciente, y si sabe lo que pasa, se incomodará, y no será el señor Terral el que haga marchar la cosa cuando estemos en el arroyo.

—¡Bah!—respondió Antonia;—no soy una esclava, y suceda lo que quiera, amo á Fernando y el otro me aburre.

Un día del mes de Septiembre, que el Conde de Bruand había ido de caza, Antonia invitó á Fernando á que fuese á tomar el té á su hotel. Terral fué con aire aburrido. Decididamente estaba cansado de aquellas relaciones.

—¡Malol!—dijo la joven—te has hecho esperar. Mírame. ¿De dónde vienes?

—¿Qué te importa?—respondió Terral.

—Me importa mucho..... no se ama más que á un ser en el mundo, y quiere uno saber hasta sus pensamientos. Vamos, dime, ¿por qué te has hecho esperar? ¿Estás celoso? ¿Has jugado? ¿Has perdido dinero?..... Cuéntame si te ha sucedido

algo, que ya buscaré yo el medio de repararlo todo.

—No es eso—dijo Fernando—no es nada. Eres encantadora, eres buena, pero....

—¿Pero qué? dilo, dilo en seguida.

Terral no tenía nada que decir. Toda su desanimación y cansancio no hubiesen podido ser comprendidos por Antonia. Además, al mirarla sentía el influjo de la seducción que emanaba su cuerpo. ¿Á qué, pues, contarle su rabia y sus desesperaciones contra la lentitud de la suerte? ¿No era la joven la más envidiable de las queridas, y no debían bastarle cuando estaba á su lado aquellos tesoros de belleza? Fernando se levantó con vivacidad como para sacudir más pronto sus pensamientos, y dijo como hablando consigo mismo:

—¡Bah! dejemos eso. Ya soplará buen viento tarde ó temprano. Sólo se trata de tener un barco sólido.

Se golpeó el pecho con fuerza y añadió riendo:

—¡La coraza es buena!

Antonia tomó sus manos y las cubrió de besos diciendo:

—Yo te amo. Sí, te amo cada vez más. Ten confianza, amor mío.

En aquel momento se abrió la puerta, dejando paso al Conde de Bruand. León pareció sorprend-

derse; una leve sonrisa pasó por sus labios y quedó un momento inmóvil, mirando á Antonia y estudiando á Terral.

Al cabo de un momento dijo:

—No tengo el honor de conocer á este señor, y os ruego que me le presentéis, querida amiga.

Fernando levantó la cabeza con altanería y respondió á su vez con voz vibrante:

—Perdonad, no quiero ser presentado más que á las personas que me placen.

Una idea brusca, diabólica, de aquellas que tanto tiempo había acariciado en sus sueños, atravesó la imaginación de Terral.

—Sin duda he oído mal—replicó León;—¿estoy aquí en mi casa!

Antonia, que permanecía sentada, pálida y temblorosa, dirigió á Terral una mirada suplicante.

—Entonces, me retiro—dijo éste;—¡pero creía encontrarme aquí en un terreno neutro en que todo hombre de corazón es igual.

—¡Pardiez!—exclamó el Conde riendo burlonamente—¡ya os veo, venir!.... Concibo que os haya hecho mal efecto encontraros conmigo; pero el tiempo no estaba para ir de caza, y me he vuelto.... Excusadme si he consagrado la primera visita á mi querida, de quien no sabía fuerais el amigo.

Fernando estaba más pálido que un cadáver, y sus manos se crispaban nerviosamente. Sentía un deseo invencible de abofetear á aquel hombre que le tenía tan á distancia y le hería en lo más vivo con sus burlas.

—Decid, querida amiga, ¿no estabais la otra noche en el teatro con el señor? Recuerdo que por la mañana mandé tomar el palco á Juan.

—¡Caballero!—gritó Terral, que de lívido se tornó en rojo—acabáis de insultarme y reclamo una satisfacción.

—¡Ja, ja!

—Me llamo Fernando Terral, y jamás he dejado pasar sin castigo una alusión ó una injuria.

—Excelente método—dijo el Conde de Bruand mirando á la punta de sus botas;—por lo demás, si os creéis insultado, sois libre de enviarme vuestros padrinos; pero os prevengo que no cometeré en este asunto una segunda largueza. Basta con lo del palco. No daré ni las espadas ni las pistolas.

Antonia se arrojó sobre Terral, que, dando un grito de rabia y con la mano levantada, iba á precipitarse sobre el Conde.

—¡Ademanes inútiles!—dijo León.

Y abriendo su cartera, tomó una tarjeta y la

arrojó sobre un almohadón, diciendo mientras encendía un cigarro:

—Vuestros amigos me encontrarán en casa por la mañana.

Después se volvió hacia Antonia, la saludó y añadió riendo:

—No creáis que he venido á propósito. ¡Si hubiese sabido que era importuno, no hubiese parecido por aquí; pero llovía, y como odio el mal tiempo me vine á casa.

Y salió, dejando á los dos amantes confundidos.

—¡Qué tontería!—pensó el Conde al entrar en su cuarto;—¿quién será ese Terín, Terrán ó Terral?.... ¿Qué testigos nombraré?

Se puso á escribir, y después llamó á su criado.

—Llevad estas dos cartas en seguida; la una al señor de Handa-Machado y la otra al señor de Rives.

Juan salió.

—¡Un duelo!—pensó León;—eso es bueno para un desocupado como yo; pero en el fondo es estúpido.

Su mirada tropezó en una carta que estaba sobre la mesa, cuya letra reconoció en seguida.

—Una carta de Gontran de Rives.... y fechada en Baden; Gontran no está ya en el campo. ¡Quizá

habrá encontrado como yo algún tercero en su idilio!

Y añadió:

—¡Es lástima!

De repente el timbre de la puerta sonó fuertemente varias veces.

Como los criados dormían fuera del hotel, el Conde de Bruand tuvo que salir á abrir.

Era Celestino Fargeau.

—A tiempo llegáis—le dijo León—porque no me disgustará filosofar un rato con vos sobre el tema del duelo. Me bato mañana.

—¿Vos?

—Sí, con un tal Fernando Terral á quien conocéis.

—¡Terral!—exclamó Celestino, acordándose de la presentación que él había hecho de Fernando á Antonia.

—¿Queréis servirme de testigo?

—¡Yo! ¡vaya una idea! ¿Qué dirán en vuestro club?..... pero tenéis razón; que digan lo que quieran..... Y ¿cómo se ha motivado ese duelo?

—Terral es el amante de Antonia.

—¡Bah!..... ¿y por eso os batís?

—Por eso. Bien sé que es ridículo, y sólo un campeón como yo, sin afecciones y sin familia,

puede arriesgar su vida por..... bagatelas.....; ¡pero me aburro tanto!

—Concibo eso que decís—exclamó Fargeau— porque yo también tengo muchos momentos en que pienso si la verdadera sabiduría no consiste en procurar emprender cuánto antes el camino de otra vida; pero yo tengo mis razones. ¿Para qué sirvo en el mundo? Y, sin embargo, notad que debo encontrarme útil para algo, puesto que el Sena está aún virgen de mi cuerpo..... ¡pero vos!

—Yo estoy cansado de vivir.

—¡Cansado de vivir!..... ¡Qué locura! ¡á vuestra edad! ¡con vuestra fortuna!..... eso no es razonable. Veamos, y ¿quién es vuestro segundo testigo?

—El señor de Handa-Machado.

—No le conozco.

—Aquí tenéis sus señas. Os agradecería que os reuniereis con él para tratar con los testigos de ese Terral las condiciones del duelo. Nada de transacciones. Todo lo que quieran esos señores será aceptado.

—¿Todo?

—¡Todo!

—El diablo me lleve si jamás pensé en serviros de testigo, mi querido León; pero lo queréis y no hay remedio..... por lo demás, debéis ser muy en-

tendido en el manejo de las armas y..... ¿queréis que lo diga todo?

—Decid.

—Pues vuestra reputación es la que os proporciona este duelo. ¡Malditos sean los ambiciosos que se revuelven en el lodo con todas las envidias en el corazón!

—No os comprendo.

—¿No sabéis que soy yo el que he presentado ese Terral á la..... señorita Antonia? Decía tener gran deseo de ver de cerca una *estrella*, y yo le proporcioné el telescopio; pero en verdad no sospeché que tuviese el proyecto de hombrearse con vos.

—¿Cómo? ¿creéis?.....

—Estoy seguro. Ese ambicioso insaciable posee todas las envidias de la medianía que adelanta poco y que quisiera alas. Nuestras provincias están llenas de jóvenes así, que viven con los ojos fijos en París como en la Tierra Prometida, desdenosos de la felicidad que tienen y ávidos de lo desconocido, hacia donde tienden sus manos, viniendo á discurrir por nuestras calles en la esperanza de ser mimados por la fortuna. ¡Ah! ¡quién pudiera dar un castigo ejemplar á todos esos Ferrandos Terral que París cambia en caballeros de aventuras!

—¿Me decís eso para impedirme que me bata con él?

—Os juro que no. Además, no me desagradará ver que ese pedante recibe de vos una lección provechosa. ¡Procurad no matarle! porque temo que se ciegue y que se ensarte él mismo como un pollo.

Al cabo de un momento el señor Handa-Machado hizo pasar su tarjeta á León. El Conde le presentó á Fargeau y el señor Handa-Machado tuvo el tacto de no detener su mirada en el traje de Celestino, ofreciéndole su coche para reunirse á los testigos de Fernando Terral.

La cuestión se arregló bien pronto. Terral había escogido para sus testigos á un oficial de caballería, paisano suyo, que había encontrado en la calle aquella misma mañana, y á un conocido, de la fonda donde comía. Por un momento había pensado en Carlos Bourdenois; pero el oficial le gustaba más, y el segundo testigo tenía en el barrio una excelente reputación de tirador.

Los testigos de Fernando fueron á buscarle á su casa.

—Hemos quedado en que mañana, en Courbevoie, tendrá lugar el desafío.

—Bien— dijo Terral.

—¿Quieres que te enseñe un golpe excelente?
—dijo el oficial.

—Gracias; respondo de mí.

—¿Es vuestro primer duelo, caballero?—preguntó el segundo testigo.

—Sí.

—¡Ah!

Hubo un momento de silencio, pasado el cual, el oficial pidió los floretes.

—No tengo floretes—dijo Terral.

—Bueno. En ese caso vamos pronto á la sala de armas. Es necesario ejercitar la mano.

—Tenéis razón—dijo Terral.

Y estuvieron en la sala de armas hasta la hora de comer. El juego de Terral, diestro y fácil, era á la vez elegante y seguro. Su contrincante, que parecía muy asombrado, le preguntó de quién era discípulo.

—De un gendarme—dijo Terral.

—¿Viejo sin duda? Ese golpe parece del antiguo método; pero vuestro juego es excelente.

Terral convidó á sus testigos á comer con él cerca de la valla. Les sirvieron en el jardín, bajo las acacias. Había á su alrededor familias de obreros que á los postres cantaban acompañándose al son de sus vasos. Terral parecía en extremo

alegre, como un hombre que siente aproximarse la hora decisiva de su vida y espera que ha de favorecerle la fortuna.

No era el duelo por sí mismo lo que le importaba, sino sus consecuencias. El Conde de Bruand era muy conocido en París para que su adversario, dichoso ó desgraciado, no se hiciese célebre.

—Que él me hiera, ó que yo le hiera á él—pensaba Fernando—el resultado será el mismo para mí. También puede suceder que yo sucumba, que me mate.....

Y añadió vivamente:

—¡Bah! los muertos acaban de luchar, y en ese caso no tendré que preocuparme del porvenir.

Se separó de sus testigos bastante tarde. Al entrar en su casa oyó ruido en la habitación que ocupaba: era Antonia.

—¡Fernando mío!—le dijo arrojándose á su cuello;—no quiero, no quiero que te batas!

—Amiga mía, ya conoceréis que en estos momentos necesito toda mi sangre fría. Ya comprenderéis que lo que he resuelto se hará. Dejadme.

—Pero piensa que puede matarte. ¿Qué será de mí entonces, dí? ¿qué será de mí?

—Estás loca. ¿Es para decirme todo eso para lo que has venido á mi casa?..... Necesito estar solo.

— ¿Me echas? ¿no me amas ya?

— ¿Olvidas que me bato mañana por tí?

— Tienes razón — dijo Antonia cogiéndole las manos — soy una ingrata..... ¡pero tengo tanto miedo á perderte!..... ¡Ah! ¡si supieses lo que detesto á ese maldito Bruand! Dicen que es muy fuerte en el manejo de las armas. ¿A qué os batis?

— A espada.

— Precisamente..... ¡oh, tengo miedo! Tranquilízame, dime algo..... ¿Verdad que te defenderás bien, Fernando?

— Si — dijo él bruscamente — y mi primera visita será para tí después del desafío; pero déjame ahora.

— Tienes razón, me voy, Fernando mío..... Nunca te he amado tanto. ¡Te adoro!

La joven cogió entre sus manos la robusta cabeza de Terral y estampó en ella un largo beso. Después salió, y mirando su reloj á la luz del primer farol que encontró, dijo:

— Las ocho. Aun tengo tiempo de ir á buscar á Gabriela.

Tomó un carruaje que pasaba y dió las señas al cochero.

— ¿Tienes un sitio para mí en tu palco? — dijo Antonia en cuanto vió á su amiga.

— Sí.

— Pues voy contigo. Tengo ganas de ver á Colbrun, que está muy gracioso en el tercer acto, vestido de mono.

Una vez solo, Terral se asomó á la ventana y miró á la calle llena de gente, las tiendas profusamente iluminadas, el cielo lleno de estrellas, y á aquella multitud ruidosa donde iba á abrirse un sitio bruscamente, quizá á precio de su sangre.

También el Conde de Bruand se encontraba solo en su despacho y reflexionaba. Estaba sentado delante de una mesa llena de papeles, y leía y releía algunas viejas y amarillentas cartas, recordando aquel pasado que le había prometido tan sonriente porvenir. Eran cartas de su mujer y de amigos. ¡Cuántos de éstos no volverían á escribir ya jamás! ¡Qué de muertos, de separaciones y de eternas despedidas!

El Conde, sin saber por qué, se había sentado delante de los cajones en que dormían los dolores y las alegrías de otro tiempo, y había sentido la necesidad de arrojar una mirada sobre el pasado: la pendiente de los recuerdos es resbaladiza, y lo que cree uno que va á ser una ojeada se convierte luego en un estudio.

Los años transcurridos reviven al contemplar

los papeles que se guardan, y León respiraba con voluptuosidad al pasarles revista.

—¡Oh, el recuerdo!—dijo de repente en voz alta.—Decididamente no existe más que eso en el mundo.

En aquel momento oyó que llamaban á la puerta de su despacho.

Hizo un gesto de mal humor. ¡No poder estar solo un instante!

—¿Quién es?

—Soy yo—dijo Fargeau, cuya voz reconoció el Conde en seguida.

—¡Ah, entrad, entrad, amigo mío!

Fargeau apareció con aspecto grave y triste.

Una arruga profunda se formaba entre sus dos cejas.

—No me equivocaba al creer que había de encontraros sólo.

—Y llegáis á tiempo—dijo León—porque estoy poniendo en regla mis asuntos.

—Creo que la cosa no vale la pena—murmuró entre dientes Celestino.

—No, no ha sido á causa del duelo, sino que insensiblemente, al pensar en todos los errores de mi vida, he sentido como una sed de recuerdos.... he abierto esas cartas.... y me he consolado.

—Los recuerdos del pasado—dijo Fargeau—son un remedio soberano para aquellos que pueden ver tras de sí alguna felicidad.... Yo, aunque volviera cien veces la cabeza, no podría ver nada, ni una sonrisa.

—¡Estáis triste!—dijo León con extrañeza.

—Sí.... Hay momentos en que no se puede remediar.... ¡Ese maldito duelo....! ¡El diablo cargue con Terral! ¡Ah! desde esta mañana he reflexionado mucho. ¿Evocáis vuestro pasado? Pues bien, no es el Fargeau de ahora el que viene á hablaros, sino el Fargeau de otro tiempo.... el que os conoció siendo niño y ha hecho de vos un hombre.

—¡Querido Fargeau!—dijo León.

—¡Ah, si vierais qué larga va á parecerme esta noche!

—Pasadla aquí.

—Quisiera dejaros dormir. Decidme, ¿estáis completamente decidido á llevar á cabo ese duelo?

—Decidido, no; pero me batiré. ¡Oh! conozco todas las frases que se han hecho sobre este asunto. Rousseau decía: «Deserción, cobardía, suicidio de dos», y la verdad es que hay muchas cosas más útiles que hacer en este mundo, que levantarse á las cinco de la mañana, ponerse en mangas de

camisa como un gañán y molestar á cuatro amigos; pero ¿cómo impedir que un canalla siga vuestros pasos ó ensucie con sus botas las alfombras de vuestras queridas? Lo que me incomoda es que el melodrama concluye la mayoría de las veces en un sainete.

Y el Conde se echó á reír.

— Os reís de cosas bien lúgubres.

— ¿Lo creéis así?

— Sí; y el papel de espectador indiferente es de los más difíciles para un hombre como yo.

Fargeau, sentado en un sillón, con las piernas cruzadas y la cabeza inclinada sobre el pecho, estuvo largo rato hablando con León.

Después se separaron, y hubo en el apretón de manos que Celestino dió al Conde algo del abrazo de un padre.

Al día siguiente, en el bosque de Bolonia, un viento fresco pasaba á través de las ramas. Había como promesas de calor y de vida en el hermoso azul del cielo, que parecía mostrar las últimas sonrisas del estío.

En el coche que conducía al Conde y sus padrinos, el señor Handa-Machado, que llevaba las espadas, iba sin decir una palabra.

Fargeau, con la cabeza baja, parecía mirar á su

pantalón negro que iba reluciendo por las rodillas, y el Conde contemplaba por las ventanillas los árboles, que ya empezaban á ponerse amarillos, y el cielo siempre azul.

— No somos los primeros en llegar — dijo el señor Handa-Machado, apercibiendo un coche á la entrada de Courvevoi.

— ¡Ah!

Fargeau miró á aquel coche y se encontró precisamente con la cabeza de Fernando Terral que asomaba por una ventanilla.

Cuando todos estuvieron reunidos, se escogió el terreno.

Uno de los testigos de Terral quería dirigirlo todo y arreglarlo á su gusto; pero el señor Handa-Machado, bastante frío de carácter, le dejaba decir, y luego discutía con calma todas sus palabras.

El segundo testigo de Terral debía servir de médico en caso de necesidad.

Terral, con la espalda apoyada en un árbol y los brazos cruzados sobre el pecho, esperaba, mordiéndose los bigotes. El señor Bruand, como si no tuviese papel en aquel drama, estudiaba los diferentes coloridos que da el otoño al follaje.

Decidieron echar á suertes la elección de armas.

Los testigos de Terral habían llevado unos enormes espadones que hacían parecer finas agujas á las espadas del señor Handa-Machado.

La suerte se decidió por las pesadas espadas de los testigos de Terral.

Se pusieron en guardia.

Fargeau, con las cejas fruncidas, miraba á Terral con cierta expresión amenazadora.

Pálido, con los ojos brillantes, Fernando se había ya precipitado con la impetuosidad de un duelista acostumbrado. Aunque aquel era su primer desafío, se sentía seguro de sí mismo; pero el señor Bruand, siempre sonriente, paraba sus golpes con el mayor aplomo.

Fernando con un movimiento rápido trataba de desviar el arma del Conde de Bruand, pero la muñeca de León conservaba su espada inmóvil.

El Conde no tenía más que tirarse á fondo para herir á Terral en medio del pecho.

—¡Adelante!— murmuró Celestino para su co-
leto.

Pero el Conde de Bruand, siempre desdeñoso, permanecía en guardia con los ojos fijos en los ojos de Terral.

De repente Fernando retrocedió, después se echó hacia adelante con terrible brusquedad, y su

espada desapareció en el pecho del Conde de Bruand.

—¡Ira de Dios!— exclamó Fargeau.

Fernando, apoyado en el puño de su espada, miraba á su adversario tendido en el musgo.

El doctor curaba ya la herida, y Celestino Fargeau, arrodillado en el suelo, sostenía el cuerpo entre sus brazos.

El Conde no había perdido el conocimiento. Estaba lívido y con los labios azulados, pero su mirada conservaba la misma energía.

—¡Esto ha concluído!— murmuró.

Fernando entonces se aproximó á él y le tendió la mano.

—Es inútil— dijo León;— ya os concedí el derecho de cruzar la espada conmigo, y es bastante.

Un rojo vivo tiñó las mejillas de Fernando Terral, que se retiró mordiéndose los labios.

—¡He aquí el duelo y la justicia!— pensaba Fargeau.

Mandaron acercar el coche.

El Conde de Bruand fué cuidadosamente acostado en los almohadones.

—Os acompaño— dijo á Fargeau el señor Handa-Machado.

El coche tomó muy lentamente el camino de los

Campos Elíseos. A cada piedrecilla con que tropezaban las ruedas, el herido contenía una queja; Fargeau se mordía los labios para no jurar de rabia, y el doctor sostenía la pálida cabeza de León.

Al llegar al Arco del Triunfo, el cochero oyó decir en voz alta á dos albañiles que iban á su trabajo:

- ¡Chico, quién tuviera un coche como ese!
- ¡Ya lo creo!
- ¡Qué felices son los ricos!

VI.

Los movimientos del coche sacudían al señor Bruand, arrancándole sordas quejas. De cuando en cuando una sangrienta espuma acudía á sus labios, que el médico ó Fargeau enjugaban. El primero tenía cogida la mano de León y le tomaba el pulso. La fiebre iba aumentando.

—No hemos llegado más que á los *Campos Elíseos*—dijo el doctor—y si continuamos así, cualquier movimiento puede ser mortal. ¿No tiene el Conde por aquí algún amigo á cuya casa pueda ser transportado?

—Tiene un hotel que le pertenece.

—Sí, pero es el hotel que habita la señorita Antonia.

—No importa; lo primero es lo primero.

El coche se detuvo. Fargeau corrió á la verja y llamó.

Constanza salió á abrir.

—¡Pronto! ¡preparad una cama! ¡El señor se muere!

—¡El señor!

Entre el doctor y el cochero sostuvieron al Conde de Bruand y le llevaron como á un niño hacia la puerta del hotel. León se había desmayado.

Una multitud de gente se reunía á la puerta, y en el hotel todo eran gritos y confusión.

Antonia no estaba allí, pues desde por la mañana esperaba ansiosa el resultado del desaffio en casa de Terral.

Fueron precisos todos los cuidados del doctor y toda la actividad de Fargeau para que el Conde no muriese en la hora que siguió á su traslación. Le habían acostado en la cama de Antonieta, y su lívida cabeza caída sobre la almohada, sus ojos cerrados y su boca entreabierta le daban el aspecto de un cadáver.

Fargeau se golpeaba la frente, juraba, maldecía